

Catherine Meurisse

La levedad



IMPEDIMENTA

Catherine Meurisse

La levedad



Prólogo de Philippe Lançon

IMPEDIMENTA

Catherine, lavandera ligera

En 1877 Henry James publicó *El americano*, una novela que se abre con una escena escrita con la sutileza cómica a la que nos tiene acostumbrados el autor: un americano macizo está medio tumbado en una otomana frente a un cuadro de Murillo. El lienzo representa a la Virgen con la luna. Es hermoso, pero el americano macizo prefiere, antes que el original, que lo aburre, la copia que, en esos momentos, está haciendo una joven francesa, y se la quiere comprar. El hombre se ha pasado todo el día andando, es su primer viaje a París, la capital de la buena vida y de la belleza, el ombligo de la elegancia y la ligereza, pero lo que de repente le hace sentir fatigado no es el largo paseo que se ha dado por la orilla del Sena, sino precisamente esa belleza que cuelga de las paredes, que escapa a sus hábitos de hombre concreto. «Era un hombre astuto y capaz —escribe James—, y la verdad es que se había pasado más de una noche descifrando un erizado amasijo de cuentas y oía el canto del gallo sin haber bostezado ni en una sola ocasión. Pero Rafael, Tiziano y Rubens constituían una nueva forma de aritmética, e inspiraban a nuestro amigo, por primera vez en su vida, una vaga desconfianza en sí mismo.»

Hace ya mucho tiempo que Catherine Meurisse, más aguda y más malévolamente frágil que nuestro americano, y que, al contrario que él, ejerce el humor con natural y deliberada asiduidad, recorre la literatura, la pintura y la escultura... Y digo que las recorre, sí, pues las saca de los museos para hacerlas entrar, gracias a sus ilustraciones, en la vida cotidiana, que es medio imaginaria. Catherine no opone jamás lo trivial y lo familiar a la creación y la belleza. Ella utiliza trivialidad y familiaridad para dar valor a la creación y a la belleza, para domesticarlas, para hacerlas vivir. Lo mezcla todo porque la vida todo lo mezcla, y saca de ello unos formidables relatos gráficos en los que los escritores, los artistas, se convierten en personajes picarescos de una ficción que ella inventa o en la que habita, de unos relatos en los que la caricatura, la autoburla, la ternura, la fantasía y el mordisco de la levedad —siempre la levedad— alimentan una sangre de tinta, así como la admiración. Catherine quita a la belleza todo el peso que con demasiada frecuencia nos impide disfrutarla.

El 7 de enero de 2015, aquella buena vida y aquella hermosa actividad, vivaces y sentimentales, de una comicidad feroz y burlesca, adquirieron de repente un peso espantoso que metió plomo en el ala de aquellos a los que no mató: el peso y el plomo de aquel suceso que fue el atentado contra *Charlie Hebdo*. Para ella, como para mí, la relación con lo que amamos más íntimamente, junto con el placer y el amor, lo que amamos físicamente y, creo, de manera natural, en una soledad compartida —dicho de otro modo, la literatura y el arte—, quedó salvajemente desestabilizada. Una nueva forma de aritmética, como ironizaba Henry James. En nuestro caso fue a la inversa: la nueva forma de aritmética fúnebre inspira una duda imprecisa no exactamente sobre nosotros mismos, o no totalmente, pero sí sobre lo que son nuestros impulsos, nuestra despreocupación, nuestro mirar la belleza, nuestra vida.

Aquel día, al contrario que otros, yo entre ellos, Catherine tuvo la suerte de llegar tarde —es decir, después que los hermanos Kouachi— a la reunión de los miércoles del equipo de redacción, ya descubriréis en el álbum por qué: fue culpa de las intermitencias de un corazón con insuficiencia de almohada. Tendríamos que separarnos siempre la víspera de un atentado. Eso nos permitiría, gracias a la depre, esquivar la obligación de asistir a él. Una suerte, decía yo... Pero ¿fue de verdad una suerte? ¡Qué palabra tan mal escogida! El azar, nada más.

El limbo de los amigos muertos, la dificultad de asimilar la violencia de la que fuimos víctimas, esa perpetua orfandad en la que nos sumieron aquellos dos ninjas de opereta islamo-sangrienta... Eso, heridos o no, lo vivimos todos: yo y ella, ella y yo, nosotros y todos los demás. Todo lo que vivimos desde aquel día nos viene filtrado por aquel suceso. Nuestros sueños, nuestros sentimientos, nuestras experiencias... Todo lo vivimos a la escala del muro que acababa de derrumbarse sobre nosotros. El ciclón ha pasado, pero su ojo sigue en la tumba y nos mira, nos juzga, nos limita, o por decirlo de una forma contundente: nos jode. Nuestra intimidad, nuestra conciencia, nuestro inconsciente... Todo flota retorcido y parece atraído hacia el fondo. ¿Qué fue de la levedad? De ahí el título de este libro, que casi parece de Kundera. La insoportable levedad del ser cuando el ser ha sido lastimado hasta tal punto por el acontecer.

Cada uno cuenta con sus pequeñas estrategias de supervivencia, aunque «estrategia» es otra palabra excesiva: cada cual se las apaña como puede, como un marino de agua dulce atrapado en una tormenta que lo supera. El monstruo abrió sus fauces. Para unos es un tiburón. Para otros, una ballena. Catherine, como Jonás o Geppetto, está dentro del vientre del cetáceo. Se acuerda de Moby Dick; trata de olvidarlo, pero no lo consigue. En el interior, enciende su lamparita. Sobre la membrana, como en una gruta, lee los recuerdos de los amigos muertos, sus propios inicios en *Charlie*, su vida a partir del 7 de enero, que tiene la forma de la supervivencia. Conjuga a Carb y a Wolinski y a los demás en futuro anterior, imaginando los chistes que habrían podido hacer. Los hace circular por su imaginación y por la nuestra como los artistas y los escritores que ama, porque ella ama a los escritores y a los artistas por ser sus amigos.

Al cabo de diez meses la encontramos en la Villa Médici, en Roma. Frente a las estatuas y los jardines, se pregunta si puede «recurrir al síndrome de Stendhal para anular el del 7 de enero» —intensificado, dicho sea de paso, por el del 13 de noviembre—. Recordemos que el síndrome de Stendhal es el nombre que se le da a la depresión causada por un exceso de belleza —después de todo, tal vez sea eso lo que le sucedió al americano de Henry James en el Louvre—. Pues bien, la veremos paseándose con Henri Beyle entre las ruinas de Roma, o dibujando en el taller de Ingres, que le han prestado dos simpáticos artistas grafiteros.

Es en Roma donde el álbum de Catherine alza el vuelo. ¿Qué le cuentan ahora las estatuas y las obras de arte? ¿Cómo se mueven en la mirada y bajo la mano? ¿Pueden ayudarla a recuperar la levedad perdida, la indispensable levedad del ser? ¿Qué nos dicen su historia y su destrucción sobre lo que estamos viviendo? Catherine no sabe, no contesta. Dibuja la historia de sus preguntas y sus tribulaciones, y las dibuja de una manera divertida: su personaje confunde sin cesar una antigua escena de matanza con lo sucedido el 7 de enero, sus lágrimas con las de las estatuas.

Traumatismo rima con romanticismo y anacronismo. Los vestigios reparten formas, bromas, falsos reflejos, líneas de esperanza de fuga. Frente a ello, al principio no hay nada más que la levedad, pero Catherine regresa cuando puede dibujar, ponerse en situación, hacer buenas gamberradas. Hace hablar a Stendhal, a los becarios de la Villa Médici, a los vivos y a los muertos.


Me embarga la emoción cuando Catherine se transforma en albatros en esa villa. Y no solo porque Velázquez pintara allí aquel cuadro maravilloso, *Vista del jardín de la Villa Médici*, durante su estancia en Roma; ese cuadro que parece un sueño cuajado en un crepúsculo, que me recuerda que desde entonces vivimos como los funámbulos, con los pies apoyados en el hilo de la pesadilla y la creatividad, un hilo capaz de cortarnos el corazón. No solo porque Catherine haga bromas con el tema: Diego, *mon amour*, tú no has visto nada en Roma —ni en Hiroshima ni en el lugar del atentado—, pues hay momentos en los que la belleza no es más que un eco ciego; sino también porque en marzo de 2015, dos meses después del atentado, yo también me encontraba ante aquel cuadro del pintor español, en París, y por tanto yo también estaba en la Villa Médici. Me hallaba delante de aquel cuadro y de otros, en la exposición del Grand Palais dedicada a Velázquez, con una venda en la cara, una tirita muy cantosa bajo el labio destrozado e, igual que Catherine, con dos guardaespaldas junto a mí. Contemplaba todo aquel esplendor con mi cirujana, hacía buen tiempo, hablábamos, se me caía un poco la baba, estaba renaciendo con cara de bufón.

«Soy hermosa, ¡oh mortales!, como un sueño de piedra», decía el viejo Baudelaire. Ese no nos falla nunca, ¿verdad, Catherine? Nos sirve para las largas veladas invernales, con nuestros difuntos compañeros de pincel y pluma, con nuestras penas, nuestros recuerdos y nuestros amores. Y para las tardes de hospital, donde tantas veces me lo he recitado. Ahora contamos con más recuerdos que si tuviéramos mil años. Se trata pues de hacerlos correr lo más deprisa y lo mejor posible, para que no engorden de cualquier manera en las líneas de nuestro horizonte. Catherine, el atentado nos dio un toque de vejez, pero tú nos has rejuvenecido. Lo petrificó todo al modo de Pompeya, pero tú hiciste mover siluetas y piedras. Con tus ángulos agudos que hacen sangrar de risa, levantas algunas montañas para que no paran más ratas que vengan a comernos excesivamente el corazón y el bazo. Catherine, tú muerdes las curvas de las estatuas y eres como el poema de Éluard, «lavandera ligera». Tu talento ni ha quedado intacto ni ha tomado gravedad. Ha tomado peso en levedad.


Philippe Lançon*

Philippe Lançon (Vanves, 1963), periodista y escritor, colabora con varias publicaciones de tirada nacional como *Libération* o *Charlie Hebdo*, donde fue gravemente herido en el atentado que sacudió su sede el 7 de enero de 2015.

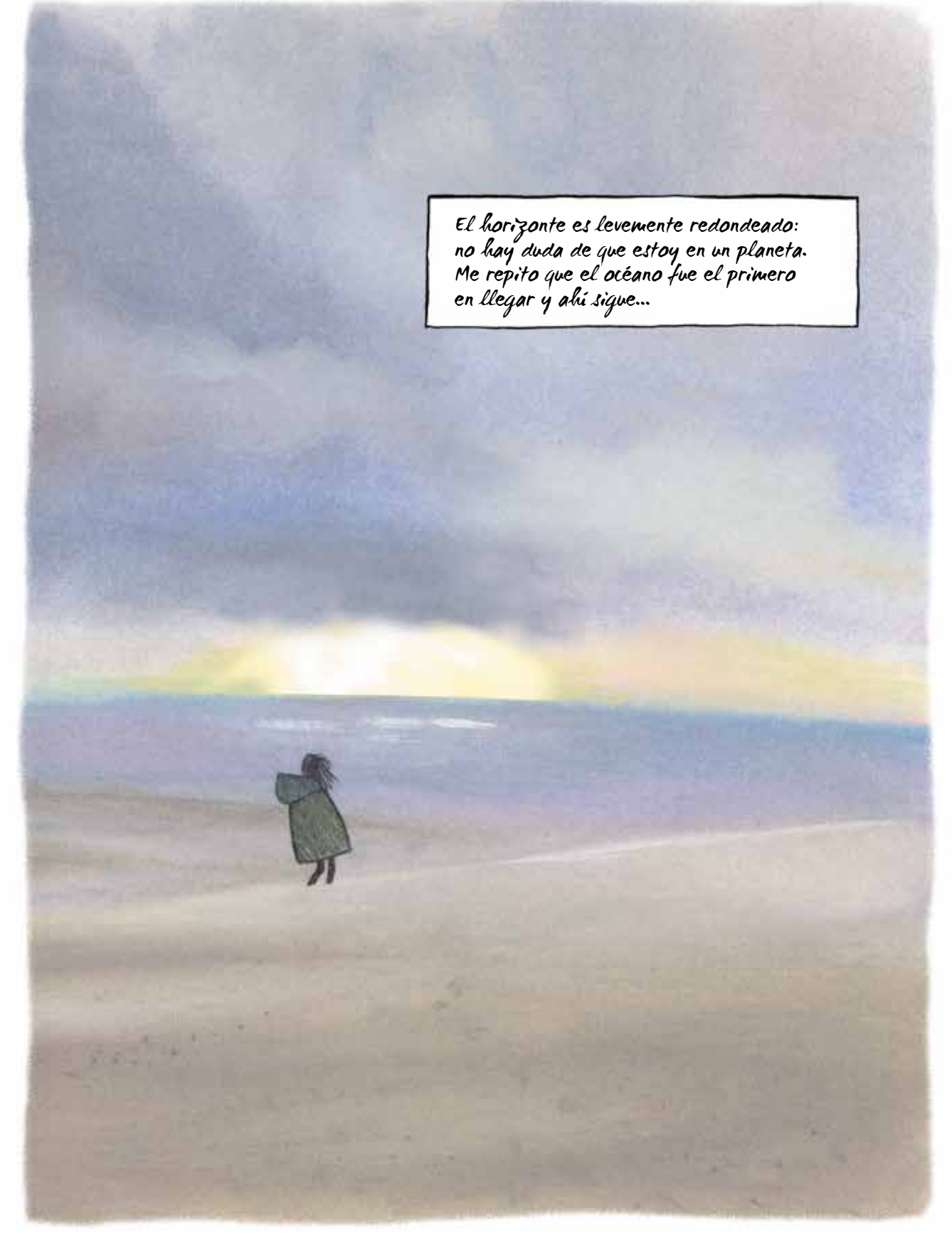
«Tenemos el arte para no morir de la verdad.»
Nietzsche



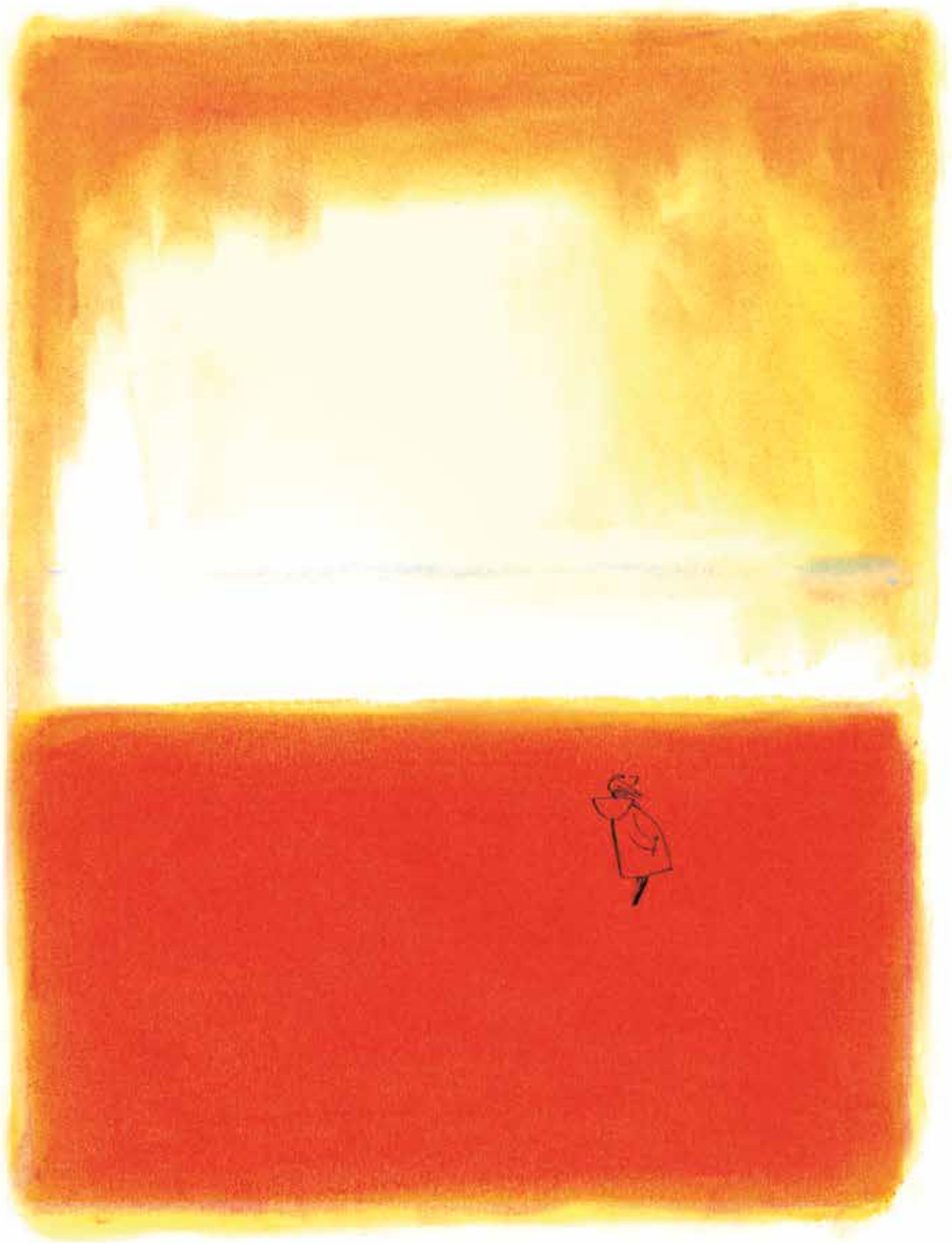
Me dicen que estamos en 2015,
a finales de enero.



No oigo nada. Mi cuerpo está ausente, solo
viven mis ojos, y es como si quisieran escapar.
Me parece estar viendo el océano
por primera vez.



*El horizonte es levemente redondeado:
no hay duda de que estoy en un planeta.
Me repito que el océano fue el primero
en llegar y ahí sigue...*



Unos días antes, el 7 de enero.

